

Seis Relatos de Violeta Quevedo

LOS Seis relatos de Violeta Quevedo publicados hace poco por la Editorial Universitaria permitirán que el seudónimo de Rita Salas Subercaseaux deje de ser tanto más conocido que su obra y de esta forma le evitarán a la autora el riesgo de convertirse definitivamente en otro de nuestros "clásicos"; el que nadie la leyerá y todos la citaran se debía a que sus libros eran inencontrables, no, por cierto, a que fueran ilegibles.

Pero si los clásicos tienen la desgracia de no ser leídos, cuentan en cambio con la suerte de estar incorporados al comercio cotidiano de las ideas, y son pocos los que ignoran qué hay tras la palabra *Violeta* —por lo humilde— *Quevedo* —por lo que veo—. Se sabe que se trata de alguien que escribía torpemente, que movía a risa frase por medio, que estaba dotada de un candor por completo preparadisiaco; se sabe, por último, que estas características ofrecen como resultado, misteriosamente, una lectura de total encanto. La *experiencia* de ese encanto es ahora posible.

El afortunado volumen comienza con unas líneas introductorias de Eduardo Anguila, en las que el poeta sugiere claves para la comprensión del fenómeno "quevediano", y prosigue con la selección de relatos más disparatados que se pudiera desear. Todos ellos de viajes. Doña Rita y su hermana Sofía, permanentemente enferma, recorrieron mares y continentes en busca de santuarios y sanatorios, sin mucho más capital que una fe enorme y asistidas con la mayor solitud por la Divina Providencia, como la propia Violeta se encarga de reiterar.

Se diría que en pintura, con el Aduanero a la cabeza, la ingenuidad ha logrado frutos más evidentes que en literatura. Entre nuestros pintores se pueden mencionar a Herrera Guevara, a Fortunato San Martín, a Juanita Lecaros... Violeta Quevedo, en cambio, es caso único, o casi única. Buscarle parientes legítimos es remontarse al medievo: arciprestes poetas, reyes cantores, abadesas místicas; o al Renacimiento, con sus cronistas aventureros, fundadores y apostólicos.



Violeta Quevedo (Rita Salas Subercaseaux).

La fe cándida es una de sus características, sin duda graciosa, pero también enternecedora. Puramente gracioso, en cambio, es su ya mencionado descuido —por no decir arbitrariedad— formal. Abre una frase con signo de interrogación y la cierra, un tercio de página más abajo, con punto seguido; intercala frases que no tienen nada que ver con el contexto, y las continúa en el párrafo siguiente; o las repite; o las contradice...; es claro que se encuentran algunas oraciones en las que el sujeto dice relación con el predicado, pero no siempre. Y en cuanto a la puntuación, hace pensar que primero eran escritas las palabras y luego espolvoreados los puntos y las comas. Tan monumentales son estos olvidos no ya de las normas sintácticas, sino del sentido común,

que se los creería deliberados si no llevaran el sello inimitable del candor.

El vocabulario de la autora es otro de sus atractivos; mezcla los términos más graves con los más coloquiales, y en la catedral de La Habana, por citar un caso, le produce asombro "el regio tabernáculo"; o lamenta, en otra ocasión, que Las Vertientes sólo sean accesibles para "millonarios y palos gruesos"; de repente se queda "con los crespos hechos" y abunda en personas *dijes*.

No menos digna de mención es su cautela ante los nombres: la mayor parte de sus "personajes" figura nada más que con iniciales: "...una amigueta, Ester A., que conocía a la distinguida señora Z. de L. ...". Llega a hablar de una célebre poetisa, premio Nobel de Literatura, "G.M."

"Hemos llegado a la Wonderful City of New York, que es lo más difícil de llegar", dice en otro relato, empleando tan inesperadamente como de costumbre las locuciones extranjeras por las que siente atracción. "El *jandsome* que tomé para mis trajines..." "Bajábamos los *floors* a todo escape..." Un médico francés que la examina dice, según ella:

—Tien poca fiebre; prenez un purgues.

Es posible continuar anotando características como las anteriores, pero no se obtendría más que una lista de ingredientes. El resultado final es inefable: mezcla de ignorancia, de prejuicios y de tontera, de poesía y fe, cautiva y divierte no se sabe bien cómo.

Aventuro una interpretación paradójica: la autora recluta el grueso de sus admiradores entre sus colegas escritores, como es fácil comprobar, y los escritores se consideran buenos a sí mismos, lo que no necesita comprobarse. Si se resignan a gustar de un contemporáneo ello se debe a que los méritos de éste son tan innegables como la luz del día —lo que no es para nada el caso de Violeta Quevedo—. Sin embargo, también es innegable la oscuridad de la noche, que es carencia de luz; la Quevedo encanta porque escribe incesantemente y omnímodamente *mal*, porque no deja entrar un rayo de *literatura* en sus páginas. De entre los escritores malos, algunos tienen aquel grupo de defectos; otros, éste. Violeta Quevedo tiene todos los defectos: carece de cultura, de altura, de profundidad, no sabe redactar, no sabe escribir... y lo hace. El producto es admirable como completo catálogo de errores a los que los escritores ruegan no acercarse nunca y de los que sin duda se consideran antípodas; es admirable como ejemplo de una vida mínima fiel y personalmente proyectada en palabras; es admirable como muestra de lo admirable y rico que aparece el mundo ante los ojos de una mujer de tan pocas luces como la noche, pero con un alma clara, radiante; cualidades que también se atribuyen al día.

CARLOS ITURRA